



Carta del Hermano Superior

8 de Dicembre de 1985

CASA GENERALIZIA
dei Fratelli delle Scuole Cristiane
Via Aurelia, 476 - C.P. 9099
I - 00100, ROMA, Italia

8 de diciembre de 1985.

Hermano:

Envío esta carta, ya tradicional, en un día de particular comunión fraterna en el Instituto. Día de oración y de reflexión en que todos estamos invitados a pensar de modo muy particular en el Capítulo General, a impetrar del Señor su especial favor, por mediación de la Virgen Inmaculada.

En ella formulo, con renovado afecto e íntima sinceridad, mis deseos de un año « capitular » singularmente feliz y lleno de gracia. Sea él para todos nosotros un tiempo de paz y de trabajo, de serena y activa solicitud en preparar y compartir los análisis y las reflexiones de nuestra gran asamblea.

Sea Dios con nosotros de modo especial durante los meses que siguen. Continuaremos llamándole, con la insistencia y fe de la liturgia. Ven, Señor, a redimirnos... de ilusiones lisonjeras, de complacencias engañosas, de evaluaciones hartamente indulgentes, de descuidos y cobardías que puedan comprometer la coherencia de nuestra vida y misión. Que de tal modo podamos mejor liberar a otros...

Esta carta es, como de costumbre, saludo y augurio, testimonio de afecto fraterno y ofrenda de orientaciones rectas y unificantes. Al disponerme a escribirla, he pensado que podríamos intentar en

ella un repaso del camino andado y examinar en común los hitos que hemos ido plantando a lo largo del itinerario que juntos hemos hecho.

Año tras año, en mayo y en diciembre, he ido ofreciendo algunas reflexiones surgidas en respuesta a los incentivos, proyectos y problemas que se nos han ido presentando, sin someternos a un plan preestablecido. Las he ido brindando con el firme propósito de mantener siempre un tono familiar y sencillo, epistolar, más de invitación a pensar, estudiar y actuar que de exposición metódica y en algún modo magistral del tema. Porque, como escribía en mi carta de mayo de 1980, *«una carta no debe pretender ser un tratado, siquiera resulte algo incompleto, de temas que nos interesan vitalmente, sino más bien una invitación cordial e insinuante a estudiarlos a fondo, individual y comunitariamente»* (pág. 36).

Tales reflexiones ocasionales se han ido alternando con las circulares, estudiadas y preparadas en Consejo, con un talante más doctrinal y acabado. Resulta fácil detectar complementariedades e insistencias conscientemente procuradas; acentuaciones reiteradas sobre temas que queríamos recomendar muy en particular a la atención del Instituto. Notémoslo, por ejemplo, en cuanto a la VIDA CONSAGRADA (Circular 406 y Carta de Navidad de 1978), LOS POBRES Y LA JUSTICIA (Cartas de Mayo de 1978 y 1979, y Circular 412 en septiembre de 1980), EL SERVICIO MISIONERO (Circular 408 y Carta de Navidad, 1981), el MINISTERIO EVANGELIZADOR, como esencial en nuestra vocación, particularmente en la CATEGORÍA escolar y extraescolar (Circular 408 en su primera parte y Carta de Navidad de 1977)...

Dos cartas de distinta presentación dirigí, en torno al Tricentenario, a LOS JOVENES (mayo, 1981) y a cuantos colaboran y sienten más profundamente con nosotros (mayo del '82). En ambas se encarecía la tan necesaria apertura de nuestras comunidades para compartir con otros nuestra espiritualidad lasaliana y la misión que hemos de promover sin afán alguno monopolístico o exclusivo. La Circular 415 vendría a subrayar luego la actualidad de esta tendencia en nuestro dinamismo comunitario, al exponer **perspectivas para 1986**, según se señalaron en la reunión intercapitular de 1981.

Así he ido brindando una serie de ideas capitales y he ofrecido a la consideración de todos algunos temas mayores. ¿No valdrá la pena de recoger en esta carta familiar aquellas ideas que nos parecieron de particular interés? Creo que sí. Vamos a intentarlo.

**VIVIR REALMENTE
LA CONSAGRACION**

Una visión constantemente acrisolada

La consagración religiosa bien entendida, es una cuestión de identidad. Se trata de un elemento integrante de nuestra definición de Hermanos. « *El Hermano es aquel bautizado que, respondiendo a la especial llamada de Dios, se consagra del todo a El y a su servicio por la profesión religiosa* ». (Declaración, 13: 1).

La Circular 406 (25.12.1977) lo había explicado ampliamente, como respuesta a una petición del Capítulo General (proposición 35). Durante las sesiones del mismo, había parecido imprescindible « *proseguir la reflexión e investigación referente a la Consagración..., orientar al Instituto a este respecto* ». Habría de hacerse « *a partir de la vida..., con un discernimiento comunitario y eclesial..., a la luz de la fe* ». (Circular 406, pp. 29 y 30). Inquietudes y desorientaciones sobre la Consagración se habían revelado, sobre todo durante el bien organizado sondeo que precedió al Capítulo.

En la circular se dejaba de lado cierta dicotomía que acecha siempre a quien afronta el tema de la Vida Consagrada o el de la Misión.

Entre los variados textos que el documento ofrecía, recojo aquí el bien conocido de « *Evangelii Nuntiandi* », 69. Decía PABLO VI « *Los religiosos tienen, también ellos, un medio privilegiado de evangelización en su vida consagrada. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad* ».

En mis cartas de Navidad de 1976 y 1978 volví sobre el tema, haciéndome eco en cada una de una lección recién recibida de labios de PABLO VI y de JUAN PABLO II respectivamente.

En 1977, aludía a lo que PABLO VI nos decía el 6 de noviembre a un grupo reducido de Superiores y Superiores Generales:

« ¿Quiénes sois vosotros en la Iglesia? Seguidores de Cristo..., sus imitadores..., sus testigos..., operarios de la caridad y, en la medida en que la practicáis, modelos de un elevado tipo de vida, el del Evangelio ».

En 1978, citaba la primera alocución de JUAN PABLO II a los religiosos, en la audiencia concedida el 24 de noviembre a 90 Superiores Generales. En sus palabras tomaban especial acento las siguientes verdades:

1. La importancia muy particular de la vida consagrada en la Iglesia. Ella es *« parte de esa plenitud espiritual que el mismo Espíritu de Dios suscita y modela en el Pueblo de Dios... Sin la vida consagrada, la Iglesia no sería plenamente lo que es ».*

1.1. Los religiosos se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia... Están llamados en ella a testimoniar. Encarnan el radicalismo de las bienaventuranzas y son signos de la presencia de Dios en el mundo. Lo son de modo más sensible por la dimensión contemplativa de su vida, por la oración.

1.2. Se pide al religioso que sea *« auténtica presencia de Cristo crucificado y resucitado en el mundo actual »* y que *« con-*

teste » a una sociedad en que la eficacia llega a ser un ídolo, al que se sacrifica incluso la dignidad humana.

2. La incorporación de nuestra vocación y misión al servicio de la Iglesia universal, en las estructuras y actividades de la iglesia local. Tal integración no aparece a veces con bastante evidencia y debe percibirse mejor. Corresponde a lo que nuestro Fundador tanto encareció a sus discípulos: *« Estáis llamados a trabajar en la edificación de la Iglesia ».* *« Vuestro ministerio es de tanta utilidad a la Iglesia.. por ser una de las funciones más importantes y necesarias en la misma Iglesia ».* (Med. 199).

3. Una inserción sincera y generosa en un mundo tenso y dividido, para participar en sus problemas y en sus luchas. Es una clara opción *« por los más pobres y por todas las víctimas del egoísmo humano ».* Y esto desde una visión cristiana de la vida, purificada por la luz del Evangelio, por un amor encendido en el trato asiduo con Dios. De tal modo que se eviten *« radicalismos sociopolíticos que a la larga resultan contraproducentes ».*

La mejor garantía de tal visión y, al mismo tiempo de una contribución realmente positiva a la solución de los problemas sociales por parte nuestra, es el contar con Dios en tal empeño. Es alentador leer, por ejemplo, lo que escribe el teólogo de la liberación Gustavo Gutiérrez: *« Impresión ver un pueblo en lucha cada vez más organizada y eficaz por afirmar su derecho a la vida y a la justicia, y simultáneamente con un profundo sentido de la oración y convencido de que el amor y la paz son, en definitiva, un don gratuito de Dios »*

(« Beber en su propio pozo ». Salamanca. Ed. Sígueme, 1984, p. 145).

Al citar dichas orientaciones papales, resultan evidenciadas y actualizadas con autoridad suprema las grandes líneas que, sobre nuestra consagración religiosa, apuntaba la Circular 406. En fin de cuentas, se recogen una vez más los valores fundamentales, permanentes... conocidos, pero no suficientemente asimilados. Nunca deben faltar en una auténtica vida consagrada.

Desde que PABLO VI y JUAN PABLO II se expresaban así, mucho se ha estudiado y mucho se ha escrito y comentado respecto a la vida consagrada. Podemos decir que como en ningún período anterior de la historia. Tal trabajo va perfilando y aquilatando conceptos y anima a seguir caminos de autenticidad y de verdad. Como declaración de muy reciente actualidad en el sentido de cuanto he reseñado brevemente, cito la de la Conferencia Episcopal francesa en su asamblea de Lourdes, el 28 de octubre último:

« En el seno del pueblo de bautizados, la vida religiosa aparece como un don de Dios a la Iglesia para el desempeño de su misión en el mundo. Ella es

— una vida enteramente entregada a Dios por los votos bajo la dirección del Espíritu;

— una vida totalmente vivida por Cristo y su Evangelio;

— una vida en comunidad de fe en seguimiento de un Fundador;

— una vida animada por la voluntad de servir a la Iglesia;

— un servicio de amor universal en medio de los hombres;

— una esperanza del Reino ya existente y por venir... ».

Actualidad de esta visión: la revisión de las Reglas, evaluaciones

Sin duda, una de las circunstancias que más han ayudado a lograr una síntesis adecuada entre reflexión teológica, doctrina comúnmente admitida y vida concreta de los religiosos ha sido el trabajo de revisión y nueva redacción de las constituciones en casi todos los Institutos. Son unánimes los testimonios de los responsables de las diversas familias religiosas sobre este punto.

Desde 1982, la Circular 416 (25 de julio) y la Carta de Navidad dieron las primeras indicaciones para organizar ese trabajo de revisión y recordaron algunos principios que debían presidirlo. El grupo de trabajo romano y, particularmente, la Comisión Internacional nombrada al efecto pusieron todo su empeño y experiencia en realizar una obra ejemplar, culminada al presentar el Proyecto de Regla enviado a todas las comunidades.

Es tónica general en los numerosos textos de nuevas constituciones, y lo ha sido en el nuestro, la honda inspiración evangélica y la atención minuciosa al pensamiento del Fundador. En todas esas nuevas Reglas se afirman con claridad y precisión las notas y las exigencias de la vida consagrada, como las hemos venido recordando, y la referencia personal e íntima con Cristo que la Vida Consagrada supone y vive. La « experiencia de Dios »

viene en ellas calurosamente recomendada. Y con no menor fuerza, con nuevo énfasis, la opción preferencial por los pobres se consolida con criterios seguros y apremiantes, que nos llaman también a un compromiso eficaz en la promoción de la justicia. Una espiritualidad apostólica viene a superar el dualismo maniqueo entre acción y contemplación. Fácil será comprobarlo con un atento análisis del Proyecto de Regla que tenemos entre manos.

Las **evaluaciones** sobre el modo como se viven estas y otras condiciones de nuestra profesión religiosa han abundado algo más en torno al « Sínodo de las evaluaciones » respecto a los años vividos desde el Vaticano II. En general, y nos referimos a informes responsables, se señalan puntos de progreso notorio, por ejemplo por lo que toca a una formación más profunda y continuada, mejor estructurada. Se lamenta, en general, cierta baja sensible, en ocasiones muy preocupante, del espíritu de fe y oración (naturalmente según las manifestaciones normales del mismo). « Se advierte en nosotros más fácilmente el profesional que el profeta », se ha dicho con suficiente fundamento. La transparencia de los elementos de la Vida Consagrada que hemos citado no siempre es bastante apreciable en el quehacer complejo que nos absorbe. Y el efecto negativo se revela en el poco (a veces nulo) atractivo por nuestra vocación en jóvenes bien dispuestos, como en las numerosas defecciones que nos han probado.

Visiones y previsiones

« *Somos por modo eminente imitadores y testigos de Cristo* » según las palabras citadas de di-

versos pastores. Lo hemos de evidenciar mejor hoy porque vivimos y actuamos **en un mundo secularizado**. Uso la palabra « secularizado » dentro de los límites que señalaban los obispos de Europa en su reciente Simposio (del 7 al 11 de octubre): trataban precisamente de la « Secularización y evangelización en Europa hoy ».

Teólogos y sociólogos de la religión coinciden ampliamente en afirmar que en ese mundo, víctima del « secularismo », viene a ser aún más necesario que los cristianos —por título particular los religiosos— trabajen por sostenerse mutuamente en la fe, en la esperanza y en la caridad, formando comunidades penetradas de humanismo cristiano. Comunidades inteligibles, creíbles para tantos hermanos y hermanas que en este mundo dudan, buscan y piensan de muy diversos modos, si no se hunden en la fosa de la indiferencia.

En un futuro previsible, la vida religiosa seguirá cambiando (lo ha hecho constantemente en siglos de historia), pero mantendrá siempre sus características de **vida evangélica compartida** por un grupo de hombres libres que, en una organización a la vez bien definida y adecuadamente flexible, avancen con la libertad de los hijos de Dios en busca del Reino. Y lo harán en un campo de tensiones humanas en el que serán a menudo tenidos por « signos de contradicción », en la medida en que encarnan valores no fácilmente aceptables por parte de muchos.

¿Y la oración?

«Somos signos de la presencia de Dios en el mundo... de modo más sensible por la dimensión contemplativa de nuestra vida, por la oración» según las palabras de JUAN PABLO II en la alocución citada.

En el resto de su discurso, que he resumido en páginas anteriores, claramente se indica que la oración no es el único modo de ser epifanía de Dios en la historia. Como bella y profundamente nos lo dijo la Madre Teresa de Calcuta en el Congreso Lasaliano de Malta (1976), atendiendo con amor al pobre manifestamos el amor providente de Dios para con el hombre. Pero queda en pie el hecho de que nuestra « experiencia de Dios », que hemos de comunicar a otros, es vivida de modo particular en el diálogo personal y comunitario con El. Y resulta así signo característico de que contamos con El, « ante una sociedad en que la eficacia llega a ser un ídolo al que se sacrifica incluso la dignidad humana » (Juan Pablo II).

A este deber y privilegio nuestro, que es el diálogo asiduo con Dios en la oración, dediqué la Carta de Navidad de 1984. En sus páginas ofrecí a la consideración atenta de todos « el problema serio » que teníamos delante, en sentir de muchos como de mí mismo. **Problema realmente preocupante en la medida en que no se capte bien su seriedad e importancia.**

Un olvido práctico de El, y de su inmediatez incomparable a nosotros y a nuestros problemas, es posible también en una vida que se profesa « consagrada » a El de modo público y solemne. Existe tal olvido cuando se regatea, o se mantiene peno-

samente, un tiempo a El exclusivamente reservado para ensalzar su gloria y reconocer su señorío absoluto, para expresar de modo coherente nuestra dependencia vital de El, para traducir en la misma ordenación de nuestro tiempo y actividad la convicción de que todo cuanto nos desvivimos por realizar pierde sentido y eficacia cuando de El no recibe inspiración y fuerza. Tener a Dios como quien es y situarle en el centro mismo de nuestra vida es « tomarle en serio ».

Recordábamos la **actualidad** de la oración en un momento en que el impulso del Espíritu se manifiesta en no pocos movimientos de renovación en la misma. Invité a pensar en que nuestra valoración de ese deber de orar ha de consistir en verlo más como una necesidad vital que como una obligación impuesta por cualquier ley externa. E insistí en que no cabe disociar el aspecto personal del comunitario cuando se trata de concretar nuestra « ratio » de oración. Horarios y **proyectos comunitarios** deben dar clara fe de que la comunidad tutela y promueve eficazmente la fidelidad de cada uno de sus miembros a lo que tan íntimo y medular es en nuestra común profesión.

Hablar de problemas es hablar de vida... No hay vida sin problemas y en la superación de los mismos se afianza y se desarrolla la vida. De hecho, la sensibilidad de nuestros Hermanos sobre el punto que comento, sobre nuestra vida de oración, se hizo bien patente en las numerosas reacciones que siguieron a mi carta. Otro tanto cabe decir del modo como se han acogido y realizado algunas propuestas concernientes al « Año de Oración » a que estamos todos invitados en vísperas del Capítulo General. Conocemos bastantes iniciativas distritales y

comunitarias en pro de la renovación y de la intercesión que hemos recomendado al Instituto entero, como óptima disposición para el Capítulo y garantía de la asistencia del cielo sobre el mismo.

San Juan Bautista de La Salle nos sigue diciendo: « *Vosotros vivís aquí en casa de oración, y orar ha de ser en ella vuestro quehacer principal. No residirá el espíritu de Dios en vuestra casa, ni derramará en ella Dios sus bendiciones, sino en cuanto sea casa de oración* ». (Med. 62: 1).

No se podía decir con más claridad y vehemencia la condición ineludible para que seamos capaces de realizar, como La Salle lo concibió, el gran servicio que el mundo, con la Iglesia, esperan de nosotros.

**SIGUIENDO EL
ITINERARIO EVANGELICO
DEL FUNDADOR**

La carta de mayo de 1980, sumamente enriquecida por la inserción de la carta recibida del Papa, venía a recordar brevemente y en pleno Tricentenario el sentido de nuestra relación filial con San Juan Bautista de La Salle.

« Los Hermanos tributan a San Juan Bautista de La Salle el homenaje que le deben como a Fundador », dice el último artículo de nuestras Reglas.

« Los Hermanos profesan a san Juan Bautista de La Salle el amor que como a Fundador le deben », propone con nuevo delicado matiz de afecto el Proyecto de Regla preparado a la aprobación final.

Recordaba en mi carta que reducir el recuerdo del Santo, y el fervor en aclamarlo, a un mero entusiasmo externo, multiplicado y ampliado por los artificios y el contagio de la psicología de masas, es peligro constante. Una veneración huera de contenido y de motivación interior resultaría en absoluto inadecuada cuando se refiere a un santo.

De hecho, las conmemoraciones tricentenarias fueron ocasión de estimular notablemente el estudio de la vida y de la doctrina del Santo y el deseo de conocer más a fondo su mensaje. Consiguientemente, aumentó el afán de contar con más abundante y precisa documentación sobre el Fundador y su obra... ¿Podremos sospechar que se trató tan sólo de la floración de una efímera primavera?

Debo decir que, afortunadamente, no es así. Al interés sostenido de quienes piden una mejor documentación lasaliana responde adecuadamente el trabajo de nuestros especialistas.

Los Estudios Lasalianos

Para la colección de « Cahiers Lasalliens », contamos con dos nuevos estudios a punto de publicarse. Uno, consagrado a la iconografía de San Juan Bautista de La Salle; otro, a las fuentes de sus Meditaciones.

El H. José Cornet, de Kinshasa, ha establecido el texto del primero de estos estudios y el H. Emilio Rousset, de París, prepara para el mismo una abundantísima ilustración. Deliberadamente, los autores no rebasarán la fecha de la beatificación del Fundador (1888). Este acontecimiento, y aún más la canonización, determinaron, en efecto, una proliferación de obras, muchas de las cuales han roto con la tradición que venía de los primeros retratos del siglo XVIII.

El H. Juan Guido Rodrigue, del distrito de Monreal, termina ahora el manuscrito de una « Contribución al estudio de las fuentes de las Meditaciones para los domingos y fiestas del año ». El H. Rodrigue ha confrontado pacientemente los textos lasalianos con los de los hagiógrafos más frecuentemente utilizados por el Santo Fundador.

En cuanto al « Vocabulario Lasaliano », el equipo responsable de los « Cahiers » está a punto de terminar la copia dactilográfica de unas seis mil páginas en las que se citan todos los diversos empleos que hizo el Santo de las palabras que figuran en toda su obra escrita. Pero debemos a un equipo de la Región Francia el trabajo no menos duro y exigente de la reproducción fotomecánica, de la encuadernación y de la distribución de estos abultados volúmenes, de los que el primero se repartió en la primavera última.

Las sucesivas entregas de la serie LASALLIANA,

la publicación de DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS y también los números del Boletín del Instituto con las noticias diseminadas en INTERCOM, se encargan de extender al gran público los resultados de diversos estudios.

A nivel regional, se ofrecen realizaciones que descubren el mismo interés y la misma seriedad en el estudio del Fundador. Las traducciones y ediciones del Santo en las principales lenguas han continuado en forma muy responsable y cuidada. Quiero citar como muestra relevante de estos estudios la constitución, en Estados Unidos, del « Buttimer Institute of Lasallian Studies ». Anuncian un programa de cursos sobre la visión y el influjo de La Salle, distribuido en los tres próximos veranos. ¡De pocos modos se hubiera podido honrar mejor el nombre y la memoria de mi venerado predecesor que uniéndolos a la fundación de tal centro lasaliano!...

El H. Saturnino Gallego ha terminado un trabajo de particular relieve sobre San Juan Bautista de La Salle: su vida —la más reciente y al día, sin duda, de las hasta ahora publicadas, escrita con tanto rigor científico como amor filial— y las obras principales del Santo. Dos tomos que edita la acreditada Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.) de Madrid. Espero poder obsequiar a cada miembro del Capítulo General con un ejemplar de esta Vida de San Juan Bautista de La Salle, recién salida de la imprenta.

En la imposibilidad de multiplicar los ejemplos, terminaré citando la biografía popular del Fundador escrita por el H. Carlos Lapierre, en Francia. Su título es « Marche en ma présence » y su interés para muchos ha hecho que su primera

edición se haya agotado rápidamente. Diré también que la biografía de La Salle escrita en Italia por Elio d'Aurora (« Monsieur de La Salle. Una fedeltà che vive ») ha merecido a su autor, en fecha muy reciente, el premio nacional de ensayismo « Belgirate », cuando llegaba a su quinta edición.

Invitados a una mayor coherencia

Obviamente, no podemos quedarnos en un estudio erudito del Fundador como personaje histórico, ni reducir los comentarios de su doctrina y de su vida a una más o menos docta y elegante literatura. El interés felizmente generalizado por conocer al Santo obedece comúnmente al aprecio y veneración por los valores que encarna y que su obra promueve. Lo cual quiere decir que al leer y profundizar tales estudios lógicamente aumenta la búsqueda de la « traducción existencial » de los mismos en nuestra vida y testimonio. La autenticidad que hoy buscamos con más rigor en las fuentes es requerida con no menos fuerza en la vida misma de los discípulos y de las obras que se honran con su nombre y se inspiran en su magisterio.

« Somos La Salle hoy » repiten muchos grupos seculares lasalianos. Sólo queremos que tan elevada consigna adquiera para ellos, y para todos nosotros, un valor de programa. Nos sentimos felices de apreciar esta actualidad y esta fuerza de convocatoria para el bien que La Salle tiene hoy... Nosotros hemos de ir por delante, sin duda, en la justa apreciación y en la generosa encarnación de lo que él enseñó y vivió. Es el fruto normal del « *profesar a San Juan Bautista de La Salle el amor que como a Fundador le debemos* » y que profesamos en nuestra Regla.

**« ASOCIADOS AL MINISTERIO
DE LOS APOSTOLES »**

«Honrad tal ministerio haciéndoos ministros idóneos del Nuevo Testamento », concluye San Juan Bautista de La Salle (Med. 199: 3), inspirando sus ideas, como es tan habitual para él, en las enseñanzas paulinas (2 Cor. 3: 6).

Entre los reparos minuciosos de vocabulario por parte de canonistas y de discusiones prolongadas de los teólogos, como frente a una estimación menos « espiritualista » del empleo, nos atendremos a la visión y al lenguaje de nuestro Padre cuando se refiere frecuentemente a nuestro « ministerio ». Lo hacemos convencidos de que ciertas categorías confieren mucho más responsabilidad que honor... Podemos también repetir con San Pablo, cuando seguimos el modo de hablar de La Salle: « *Anunciar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y, ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!* » (I Cor. 9: 16).

En mi Carta de Navidad de 1976, la primera de la serie, invitaba a todos los Hermanos a **hacer un acto de fe en nuestra misión**, porque la tragedia de muchos es que no creen en tal misión. Señalaba de paso que una de las actividades evangelizadoras más características de esa nuestra misión es, sin duda, **la Catequesis**, una Catequesis que se ejercita sobre todo en la escuela, pero que no puede limitarse a la escuela.

La Salle se dió cuenta de la necesidad suma, para los adolescentes de su época, de contar con maestros de fe, testigos y catequistas. Hoy tal necesidad no es, ciertamente, menor. Los jóvenes necesitan líderes espirituales más aún que animadores políticos y sociales.

Para « redimir al hombre », la gran consigna

programática del actual Pontífice, para liberarlo enteramente, dando dignidad y sentido a su vida, la primera acción a la que nos sentimos llamados por vocación es el testimonio y la transmisión de una fe sincera.

Una comunidad de fe, una comunidad evangelizadora

Así se recomienda que sean nuestras comunidades en la Circular 415, PERSPECTIVAS PARA 1986 (páginas 19 y 54).

La insistencia sobre la línea pastoral o la **dimensión pastoral** en nuestro trabajo aparece claramente en nuestras últimas comunicaciones a regiones y distritos (ver, por ejemplo, las páginas 10 y 21 de la misma circular).

Tanto en comunidad como individualmente nos sentimos una y otra vez invitados a ser « signos de fe » (denominación que ha cobrado más extensa popularidad hoy) en la sociedad actual. Sin temor a que esto nos exponga a ser tenidos como « signos de contradicción » en una sociedad para la que los valores en alza no son, precisamente, los del Evangelio.

Si se admite generalmente que la renovación de la Iglesia cuenta mucho con las « comunidades de base », ¿no resultaría desconcertante, y aun absurdo, que nuestras propias comunidades no se distinguieran sobre todo, y netamente, por su espíritu evangelizador?

No se dará tal falta de lógica si resulta serio y frecuente entre nosotros el examen de la **imagen** que proyectamos en nuestro alrededor, sobre lo que realmente sienten y opinan de nosotros quienes contem-

plan nuestro modo de vivir y actuar. Debemos incluso provocar en buena forma a esas gentes a que nos digan sinceramente lo que juzgan y desean de nosotros. Y agradecer su veracidad. Será buen medio para hacer inteligible y creíble nuestro testimonio y eliminar de él cuanto resulte contradictorio al fin que profesamos y juntos queremos obtener en bien de la sociedad y de la Iglesia.

Educadores de la fe

Educación en la fe a los jóvenes necesitados es el ministerio prioritariamente elegido por San Juan Bautista de La Salle para sus discípulos, entre las varias funciones de la Iglesia. « *El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los pobres. Y para este fin tiene las escuelas...* » (Reglas 1718). Existimos para **formar a nuestros discípulos en el verdadero espíritu del cristianismo**, como tantas veces repite La Salle. El piensa en la escuela como en una catequesis integral en la que al convivir alumnos y maestros « mañana y tarde... puedan éstos enseñarles a vivir bien... inspirándoles las máximas cristianas » (Ibidem).

La Carta de Navidad de 1979 recogía algunas sencillas reflexiones sobre esta misión nuestra. En el « feed back » que siguió a su publicación se advertía de vez en cuando el recelo de algunos Hermanos, que estimaban encontrar cierto olvido de nuestro trabajo en la escuela, o un menor aprecio del mismo, cuando se prodigaban tantos ejemplos de nuevas formas de apostolado y otras iniciativas que parecían distraer a los Hermanos de su entrega total a la escuela. Sin duda no advertían ellos que el abrirse

a nuevas posibilidades educativas no puede considerarse como **evasión** de la escuela, sino más bien como adecuación de la misma, en cuanto factor educativo, a nuevas necesidades y a situaciones cambiantes... De todos modos, una sencilla y reposada lectura de aquella carta y de otros documentos en que nos hemos ocupado de estas aperturas educativas y promocionales ayudará a disipar tales sospechas.

No podemos olvidar que son varios los países, y su número ha aumentado recientemente, donde resulta ya irrealizable o insignificante nuestra inserción directa en el mundo escolar. Sin que ello pueda implicar que el fin de nuestro Instituto no puede perseguirse en ellos. Solamente, deberá llevarse a cabo de modo diferente.

Ni debemos perder de vista que, en circunstancias concretas, la educación cristiana de los pobres se podrá llevar a cabo mejor, más de acuerdo con la misma finalidad del Instituto, en medios, instituciones o estructuras que no coinciden ya con el tipo de escuela a la que estábamos habituados. Inventar y aun « emigrar » en búsqueda de mejores modos de realizar nuestra misión, representa la verdadera fidelidad, dinámica y realista.

Sobre todo, hemos de tener siempre bien presente que lo que importa es, más aún que mantener una presencia considerable en la escuela, hacer que esa presencia sea lo que está llamada a ser: una presencia inspiradora, **evangelizadora**, renovadora. Nuestra escuela está llamada a ser diferente, por ser cristiana. Diferente de lo que antes era, para superarse a sí misma. Diferente de otras escuelas, por tener un espíritu que la caracteriza y distingue, algo muy superior a la mera transmisión de la cultura humana. Diferente, porque así la « inventó »

nuestro Fundador. Una escuela que no buscaba simplemente ampliar o reforzar servicios existentes, sino crear algo nuevo: una institución educadora que buscaba a la gente humilde y marginada « para enseñarles a vivir bien », con una pedagogía realista, adecuada a lo que verdaderamente necesitaban.

Tengamos presente, en fin, que hay todavía una zona inmensa del mundo en la que el desarrollo y la promoción humana demandan un ingente esfuerzo educativo, donde muchas escuelas bien dirigidas y animadas deberán aportar capacitación y orientación en la vida a millones de jóvenes y adolescentes hambrientos de ser más. Las que existen, cuentan allá sólo con estructuras pobríssimas en medios y en personal debidamente formado. El sueño de La Salle pide muchos voluntarios capaces de compartirlo y de realizarlo hoy, para ayudar a esos pueblos a prepararse un futuro mejor. Quien dudara de la actualidad apremiante de nuestra tarea apostólica primordial en la escuela mostraría no tener una visión suficientemente amplia y comprensiva de las necesidades del mundo de hoy.

Con un proyecto educativo específico

En menester tan complejo como el de la educación, siempre nos acecha el riesgo de la **ambigüedad** nociva. Nos tendremos que repetir muchas veces **qué pretendemos** y **a quiénes buscamos** en nuestro servicio educativo.

Valen y son necesarias estas preguntas para las escuelas de diverso grado y especialidad. También los centros de cultura superior que La Salle tiene en el mundo han de plantearse a menudo, con sen-

tido responsable, el problema de su identidad lasaliana, **el por qué y para qué** La Salle abre su solitud y su creatividad a tal nivel de cultura. De hecho, he podido participar en alguna ocasión, personalmente y con sumo agrado, en algunas reuniones de nuestros profesores de universidades La Salle, organizadas para estudiar seriamente las implicaciones que la inspiración, y aun el nombre, de La Salle suponía para el estilo y los programas de tales universidades.

La oposición a la escuela católica, cuando no la persecución o las campañas organizadas contra ella, se han dado en número e importancia preocupantes en diversos países, comprometiendo su necesaria autonomía. Indudablemente, tales resistencias hacen con frecuencia más arduo el trabajo educativo y, a veces, desalientan a quienes las sufren.

Más bien nos deben ayudar a aquilatar mejor nuestra respuesta a los cuestionamientos, no pocas veces agresivos y no siempre bien fundados, que se nos plantean. ¿Qué es lo que hacemos en nuestras escuelas cristianas? ¿En favor de quiénes lo hacemos? ¿Cómo lo hacemos?

Preguntas que a veces se proponen con malos modos, pero que en sí son buenas y han de resultar examen permanente en nuestro fuero interno. Conciernen a la autenticidad de nuestra misión. Y responden, en suma, a una actitud que el Santo Pedagogo consideró que debía estar bien anclada en el maestro cristiano: la de **un profundo sentido de responsabilidad**, tan generosamente brindado a nuestra reflexión y a nuestro diálogo con Dios en las meditaciones 205 y 206 de San Juan Bautista de La Salle.

EN UNA CLARA OPCION
POR LOS POBRES Y LA JUSTICIA

El Capítulo de 1976 fue particularmente concreto en este punto... Y, si la proposición 13 señalaba netamente las orientaciones que se imponían a diversos niveles, la proposición 14 emplazaba a todos para verificar en dos años lo realmente hecho y lo por hacer, en cuanto a nuestra misión como **servicio educativo de los pobres y esfuerzo generoso por promover una mayor justicia.**

Se acercaba la fecha límite para cumplir con tal revisión y comunicación de resultados (diciembre de 1978). Escogí este tema de examen y reflexión para mi carta del mismo año. Sin duda, una de las cartas que me prodigaron un « feed-back » más considerable. No pocas reacciones, y muy positivas, por escrito. Abundantes referencias y sugerencias en encuentros celebrados celebrados en los meses siguientes. El tema interesaba y su estudio suscitaba una preocupación saludable.

Sucesivamente sería objeto de otra carta (mayo de 1979), con el recuento de datos e impresiones recogidos en los informes venidos de los distritos. Sobre todo, la Circular 412 (15.9.1980) vendrá luego a ampliar la reflexión sobre las informaciones recibidas. Ya en mi carta lo había anunciado: « *Una circular o documento del Consejo General hará llegar a todas las comunidades una información más pormenorizada* ».

En mayo de 1978 se trató de recordar la orientación de base dada por el Capítulo General: « *Integrar personalmente, así como en comunidad e instituciones, la educación cristiana, el ministerio de*

la Palabra, el servicio de los pobres y la acción por la justicia en el mundo ».

La solidaridad con los problemas del mundo —escribía yo— y sobre todo del mundo de « los pobres cada vez más pobres », los requerimientos cada vez más vehementes de la Iglesia, la intenciones específicas del Fundador al dar vida a su Instituto coincidían en urgirnos una mayor atención y un compromiso más real en tal sentido.

Un servicio educativo

Promover a los pobres y hacerlos más capaces de conocer y resolver sus problemas. Darles una mejor conciencia de los procesos injustos que se desarrollan en el mundo y los medios adecuados y honestos para eliminarlos... Un servicio que **puede y debe ser eficazmente atendido por nuestro ministerio educador**. El Sínodo de 1971 incluyó en su documento final un capítulo muy interesante sobre **la educación a la justicia**. Lo citaba yo cuando tal documento estaba en sus primeros años de difusión y estudio: « *Una educación que hace a todos los hombres más íntegramente humanos los ayudará a no seguir siendo en el futuro objeto de manipulaciones... sino que, por el contrario, los hará capaces de forjar su propia suerte y de construir comunidades verdaderamente cristianas* ». (Sínodo 1971. Doc. final).

¿Recordaremos una vez más la crítica a las escuelas católicas (no sólo a ellas sino a todos los sistemas más generalizados de educación) de que contribuyen más a perpetuar un orden social establecido que a corregirlo en favor de los margina-

dos? Atribución no del todo exacta, no siempre aducida con escrúpulos de objetividad... Pero que nos cuestiona por lo que puede encerrar de verdad y nos impulsa a examinarnos seriamente sobre **quiénes son los principales beneficiarios de nuestro servicio y en qué medida favorece él a los pobres**.

Con una conciencia bien esclarecida

La Circular 412, de tan amplia resonancia, consagra su parte cuarta a la debida **mentalización**, que nos ha de venir de una profundización en la vida y en la doctrina del Fundador y de un sentido social avivado por el análisis de los problemas actuales y de nuestro modo ordinario de pensar en ellos. Una relectura de aquellas páginas (67 a 101 de la Circular) ayudará a avanzar en la necesaria concientización a que me estoy refiriendo.

Se ha llevado a cabo un innegable esfuerzo por mejorar tal mentalización comunitaria durante estos años. Este movimiento está lejos de ser exclusiva o destacadamente nuestro: vemos todos que en la Iglesia y en los diferentes Institutos se escribe, se reflexiona y se ora mucho en torno a esta conversión a los pobres. Notamos, por ejemplo, cómo la teología en América Latina gira hoy en torno a la **inserción** de las comunidades religiosas en el mundo de los pobres. Como un paso más, en sinceridad y en hondura, del interés por los pobres y sus problemas. Como un aspecto de la identificación del religioso con Cristo, con su estilo y modo peculiar de salvar al mundo.

La sensibilidad en cuanto a la pobreza religiosa efectiva y al compromiso real con los pobres está

en claro avance en la reflexión eclesial y, de modo particular, en la concepción actual de la vida religiosa. Pero esto coexiste, aunque suene a paradoja, con los motivos concretos de lamentar y censurar numerosos abusos contrarios a la virtud y al voto de pobreza. Se dan ideas falsas que precisan corrección y formación más exigente. Y, por otra parte, sabemos que la sensibilidad y el sentido de fidelidad no resultan normalmente idénticos en personas y regiones diversas. Pensamos ahora más bien en los muchos que en reuniones, proyectos comunitarios y, sobre todo en sinceridad de vida, afinan y mejoran esa nuestra conciencia colectiva de acercamiento a los pobres y al mundo de los desheredados.

Es obvio, mas será bueno explicitarlo, que no se pretende obtener de todos, ni menos aún exigir de todos, el mismo grado y modo de « inserción » efectiva en el mundo de los marginados. Para todos será el aceptar y entender bien esa exigencia evangélica y el modo de entenderla actualmente, comprender y animar a los que se muestran más decididos a vivirla, ser siempre coherentes con estas opciones, con un **estilo de vida** que corresponda más visiblemente a nuestra « opción preferencial por los pobres ».

Algunos hitos de un buen camino

En esta dinámica de impulsos del Espíritu por un lado y de respeto a ritmos diversos en personas, comunidades y culturas, podemos recoger algunos indicios elocuentes de « conversión » progresiva, en varios niveles:

1) **En una perspectiva universal** subrayo, como

ejemplos, las últimas opciones hechas para abrir nuestra acción a nuevos países, a despecho de la escasez de personal disponible. En 1980 entramos en el Chad, uno de los países de más bajo rédito anual en el mundo, como también en la Costa de Marfil, donde se ha iniciado un centro de habilitación técnico-agrícola para los jóvenes de Daloa. Entramos ahora en El Salvador, donde el distrito de Centroamérica está a punto de encargarse de un orfanato para los hijos de las víctimas de la guerra.

Continúa siempre la desproporción de nuestros efectivos disponibles en los dos hemisferios, norte y sur, correspondiente a una lamentable desigualdad socio-político-económica. Diré de paso que, entre los 190 Novicios con que contábamos en noviembre de 1985, dos buenas terceras partes viven en el hemisferio sur. Es bien conocido el libro del P. Bühlmann, « La tercera Iglesia » sobre estos desplazamientos de la presencia mayoritaria de la Iglesia en las diversas partes del mundo y de lo que un futuro no lejano nos permite prever a este respecto. Aquí me limito a recomendar la reflexión sobre estos hechos y los estudios que ayudan a entender sus implicaciones en nuestra misión. Los corolarios resultan evidentes e iluminantes.

2) Descender a una información un poco nutrida sobre lo que se ha ido haciendo **en regiones y distritos** nos llevaría lejos y resultaría siempre parcial...

En la vasta Amazonia como en varios sectores de Africa y Asia la apertura de nuevas obras o la previsión de aquéllas en que se ha de empeñar el personal de nuestras nuevas promociones va claramente de modo prioritario al encuentro de pobrezas y necesidades bien patentes.

Si la carencia de una buena información y de una adecuada formación para emprender proyectos que responden a la promoción de la justicia fue queja repetida en la encuesta de 1978, podemos aludir a las numerosas sesiones de trabajo que sobre el particular se han organizado en muchos distritos, a los programas de educación a la justicia que se han establecido en nuestros centros de cultura superior, a los estudios que en asambleas y capítulos de distrito han venido a iluminar a los Hermanos sobre estos problemas y les han trazado planes concretos para su solución.

La reconversión de obras para atender mejor a áreas menos favorecidas ha ido adelante en diversos distritos, que han dejado algunas de ellas en manos de los seglares para permitir a los Hermanos una mayor facilidad de iniciativa y movimiento en favor de los menos favorecidos. Desde luego, no se ha procedido así sin antes haber preparado equipos de seglares conscientes y responsables, capaces de mantener el espíritu de tales obras. Ni los Hermanos se han desentendido de las mismas. Lo contrario hubiera sido pecado de fácil abandono. Con tales medidas, los Hermanos han podido pensar en acometer el « milagro » de crear nuevas obras, de nuevo cuño, a despecho de estadísticas poco halagueñas.

3) Y, ¿por qué no decir que hay un número de distritos menos decididos en esa mentalización progresiva y en las acciones que pudieran ayudarla y concretarla? En tales sectores, no es raro encontrar Hermanos insatisfechos e impacientes, por estimar que las metas claramente señaladas en nuestros documentos, y urgidos por problemas inaplazables, no se traducen en la práctica. Ha de ser, sobre todo, a nivel de distrito donde debe darse clara y actuante

la conciencia exacta de nuestro compromiso colectivo y donde el discernimiento comunitario ha de llegar a resoluciones concretas, de acuerdo con las situaciones y las posibilidades locales. A tal nivel se deben abrir cauces para que la voluntad de los Hermanos de crear algo que responda a necesidades actuales, dentro de nuestra vocación, no quede ineficaz. Es cuestión de coherencia... y es cuestión de vida.

Porque de lo contrario se favorece el fenómeno disgregante y nocivo de individuos o grupos que, con más generosidad que atención al discernimiento y solidaridad encarnados en la comunidad, emprenden acciones en desacuerdo con las orientaciones de la obediencia. Apreciando su voluntad de entrega, no podemos aprobar su pertinacia, si se mantienen fuera de nuestra fraternidad lasaliana. Tanto más que, en alguna ocasión afortunadamente aislada, sus opciones contradicen claramente directivas de la Iglesia, y del Instituto con la Iglesia, en cuanto al compromiso político de los religiosos.

Solamente en comunidad, o de acuerdo con la comunidad, podemos realizar ese servicio social cristiano en favor de la justicia, al que nos sentimos fuertemente llamados según nuestra vocación. El atemperar ritmos y proyectos al común sentir es a veces freno, pero representa mayor garantía. Y, a la larga, da seguridad y consistencia a realizaciones que, decididas y organizadas personal e independientemente, resultan a menudo efímeras, si no equivocadas.

Esta capacidad de discernimiento y de sostén que la comunidad debe ejercer con sus miembros (cf. « Proyecto de Regla », artos. 40 - 41) no se dará sin un sentido profundo de responsabilidad y de

caridad por parte de cada uno: tiene más de deber que de derecho.

En el diálogo que busca el exacto discernimiento no podrán faltar las tensiones... « *¡Dichosas tensiones! Nunca deberán reducirse por omisión de parte en uno de los elementos dialogantes* », como nos decía la Circular 412 (págs. 101).

En pocas áreas resulta tan necesario, alentador y adecuado el diálogo comunitario como cuando juntos buscamos cómo ser coherentes y fieles, en situaciones concretas y diversas, a algo tan entrañable en nuestra vocación común como **el servicio educativo prioritario en favor de los pobres y la participación generosa en la promoción de la justicia.**

**POR LOS POBRES MAS LEJANOS
EN NUESTRO SERVICIO MISIONERO**

En la lógica del Evangelio, que no admite límites en el seguimiento de Cristo, la « sequela Christi », y en la lógica de nuestra profesión religiosa, que tiene como nota típica el radicalismo, es normal que vayamos siempre hacia un « más ». Si de servir a los pobres se trata, buscaremos llegar a « los más pobres ». Si tratamos de abrirnos a todas las indigencias y marginaciones, ¿cómo olvidar las más lejanas?...

Así lo entiende la Declaración: « *Afirmar hoy la finalidad apostólica del Instituto supone, por el mero hecho, proclamar su carácter misionero. Ciertamente no es exclusivamente misionero; pero fue fundado para poner los medios de salud al alcance (Med. 193: 3) de la juventud privada de educación y cuya evangelización está preterida* ».

Como todos los Institutos de vida activa, debe hoy el nuestro « preguntarse sinceramente delante de Dios si puede acrecer su actividad por la extensión del Reino de Dios entre los gentiles » (Ad Gentes 40), aunque sea, « si puede, dejando a otros algunos de sus ministerios ». (Declaración, 24).

En la Navidad de 1981, incluí en mi carta una serie de ideas y alguna información sobre nuestro SERVICIO MISIONERO. Un servicio a los jóvenes y a los pobres en los cinco continentes y en todas las razas, para llevar a todos la Buena Nueva, aliviar sus carencias y prepararlos a una vida con sentido y en condiciones más humanas.

Un servicio inspirado en una fe profunda

Recordaba yo en mi carta que nuestra llamada misionera tiene el mismo fundamento que tuvo la vocación original del Instituto. La Salle pone, en efecto, como piedra angular de su construcción teológica en las Meditaciones sobre nuestro ministerio, la frase paulina: « *Dios quiere que todos lleguen al conocimiento de la verdad* » (MTR. 1: 1). ¡Nada de horizontes estrechos! Cuanto mayor la indignancia, más imperativo el reto lanzado a nuestra disponibilidad.

Como base de nuestro autoexamen, según algunas ideas propuestas en la carta, sigue en pie aquella pregunta ofrecida por el Capítulo General último (cf. Circular 408, p. 64). EL INSTITUTO, ¿ES SUFICIENTEMENTE MISIONERO? Por el número de Hermanos que trabajan en países acreditados como « de misiones », figuramos entre les Institutos con más personal en servicio. Pero, el aspecto numérico no agota todo el alcance de la pregunta. Más aún, seguimos sin echar en olvido la sugerencia del documento AD GENTES antes citada. Queda, sí, algo que ver en esto de **ser más o menos misionero el Instituto**. Nos interesan, entre otros, los siguientes datos.

Nuestra conciencia misionera

Cómo nos sentimos llamados a alargar nuestra atención y nuestros recursos en favor de quienes tienen menos, o no tienen nada, y necesitan mucho... Cuáles son nuestros motivos para sentir más o menos apremiante la urgencia de la caridad y aun de la justicia en favor de ellos...

Decía yo en mi carta que, al examinar las motivaciones detectadas por la sencilla encuesta realizada, resultaba con mucho mayoritario **el interés por la promoción de la justicia y el mejor servicio de los pobres**. Realidad alentadora y sumamente positiva, correspondiente a valores felizmente en alza hoy.

Podría, con todo, resultar insuficiente si tal « mejor servicio » se entendiera sólo o principalmente como una promoción externa y material, como un enseñar a vivir y luchar, sin dar a la vez las razones profundas para vivir y combatir que la fe nos da. Lo digo así, porque siempre nos acecha el peligro de limitar y empobrecer el significado de nuestro ministerio. No es meramente hipotético el afirmar que, en las motivaciones de nuestro servicio misionero se filtren las « restricciones y ambigüedades » de que habla « *Evangelii Nuntiandi* » cuando explica (nn. 31-32) el binomio « promoción-evangelización ».

La responsabilidad misionera del Instituto se refleja en cada Hermano por la percepción de aquel deber que incumbe a todo cristiano (Ad Gentes, 35) de compartir con otros menos favorecidos lo que de Dios recibió en abundancia, tanto en bienes espirituales como materiales. En los programas de ayuda al Tercer Mundo formulados por diversos estados se dan razones de política previsora, creciente preocupación por evitar catástrofes que se avecinan como probables cuando ciertas tremendas desigualdades siguen aumentando... Lo nuestro es de otro orden y se alimenta de otra percepción del hombre y de los pueblos en situaciones de miseria. Es aquella misma percepción que inspiró a los grandes misioneros de todos los tiempos, que la fe nos presenta

y la caridad traduce en empresas de asistencia desinteresada.

No me parece tan evidente que el afán por ahondar esa percepción y esa conciencia misionera exacta, con estudios bien programados, se note como característica generalizada entre nosotros. Ni creo que resulte suficientemente visible para que quienes se acerquen a nosotros nos perciban como un Instituto misionero.

Y, sin embargo, lo somos. La publicación de un número de DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS (n. 2) dedicado a nuestras misiones, causó sensación: para no pocos fue como un descubrimiento de unas realidades muy poco conocidas, de las que el documento no pretendía dar sino unos cuantos ejemplos. SECOLI, nuestro Servicio de Cooperación Lasaliana Internacional, distribuye regularmente un modesto boletín para facilitar un mejor conocimiento de las áreas en que los Hermanos trabajan, de lo que hacen y pretenden hacer en ellas, con algunos comentarios sobre las grandes directivas de la misionología actual. Si es muy cierto que se puede hacer más en esta información y que en ello se piensa siempre, ¿qué eco real vienen dando los aludidos informes, o los documentos misioneros de la Iglesia universal y local, en muchas comunidades y para muchos Hermanos?

Unos Secretariados para promover tal conciencia

Existen y son más o menos conocidos... No necesitaré repetir los nombres de algunos de ellos cuya actividad a nivel regional se extiende a un área más extensa y es mejor conocida. No existen tales secre-

tariados, o no funcionan con bastante dinamismo, en varias regiones y en no pocos distritos. Signo éste, y razón a la vez, de una conciencia misionera poco despierta.

Sin que personas u organismos adecuados vengán a abrir nuestra atención y nuestro interés a horizontes más amplios, fácilmente nos encerramos en espacios harto « provinciales » y nos dejamos acaparar por realidades inmediatas, que no deben agotar la potencialidad de nuestro celo. La acción de nuestros secretariados misioneros debe ser alentada desde arriba, por parte de los responsables de cada sector, y correspondida desde la base, es decir, contar con la buena audiencia y la colaboración de todos. Sólo así podrán desarrollar programas de ayuda material en favor de los países en necesidades y programas de formación y de información para suscitar y madurar la responsabilidad misionera en Hermanos y alumnos.

Esto mismo es lo que SECOLI está encargado de hacer en Roma, además de facilitar la necesaria coordinación de informaciones y ayudas. Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi más sentido aprecio y mi gratitud sincera por lo mucho y bien que los responsables de SECOLI han trabajado en el cumplimiento de su importante cometido. Asocio en estos mismos sentimientos a cuantos llevan a cabo análoga tarea en los secretariados regionales, nacionales o locales.

En fase de decidida inculturación

De **inculturación** se habla hoy mucho. Porque es importante, porque es actual... y porque es difícil.

Para nosotros es una consigna reconocida y traducida en hechos. No se nos podrá decir que el racismo haya sido un pecado « capital » entre nosotros, pero ¿cómo se habría podido evitar totalmente que ciertos resabios de tal actitud se hayan filtrado en los modos de ver y actuar de algunos de nuestros misioneros?

Hoy, los tiempos y las ideas han cambiado, en gran parte debido al fin del período colonial. En este aspecto sale ganando la verdadera noción y estilo de la misión... Estamos preparando verdaderas « comunidades interculturales » a medida que, felizmente, los hijos de estos pueblos incorporados más recientemente a la Iglesia, o en proceso de incorporación a la misma, van aumentando su número e importancia entre nosotros. La más profunda inculturación del Instituto en los nuevos distritos o delegaciones habrá de ser realizada por ellos. Así se llega a la feliz culminación de un largo proceso misionero, generosamente llevado a cabo por quienes de lejos acudieron a implantar y encarnar el Instituto entre sus gentes. La suficiente idoneidad de los nativos para continuar la obra desarrollada, siempre en la fidelidad al Fundador y a su pueblo y cultura, constituye el mejor certificado de excelencia para el trabajo de los misioneros venidos de otros distritos.

El proceso de inculturación es, con todo, harto complicado para que pueda ser llevado exclusivamente por los oriundos. Son muy diversos y válidos los valores que hay que respetar y promover en una vida religiosa y en una misión correctamente entendidas, generosamente puestas al servicio de un pueblo. Se impone conocerlos y vivirlos profundamente. La colaboración exterior y la « comunión » real de

espíritu y trabajo entre misioneros de ultramar y autóctonos seguirá siendo, aún mejor, signo de fraternidad cristiana y clave de éxito en el proceso de que hablamos. Esta capacidad de fidelidad y de integración recíproca es el reto actual y exigente para unos y otros, en el momento presente de nuestra cooperación misionera.

La formación como prioridad ineludible

Todo ese trabajo delicado y complejo a que me he referido no podrá, ciertamente, realizarse en debida forma si no contamos con los hombres dotados de madurez suficiente para llevarlo a cabo. Las vocaciones misioneras en los países de vieja cristianidad no pueden bastar para llevar a cabo toda clase de programas de evangelización: se impone establecer prioridades. En los distritos «de misiones » asistimos a un aumento esperanzador de candidatos, que normalmente debe ir a más. Pero los cuadros de formadores con que se cuenta en estos distritos son extremadamente frágiles y se resienten de la escasez en personal frente a muchos compromisos adquiridos...

Ante tales hechos, hemos de admitir que la mejor ayuda que se espera de un distrito desarrollado, o de los Hermanos que en él se sienten llamados a colaborar personalmente en las misiones, será la de ofrecer voluntarios, o de ofrecerse como tales, para colaborar en la formación de los Hermanos oriundos de los países en desarrollo.

Tales voluntarios podrán serlo brindándose a colaborar en sesiones o cursos breves organizados en tales distritos, por ejemplo, durante las vacaciones

de verano. Mucho mejor si su ofrenda es permanente o por unos años. Hemos encontrado quienes se han rehusado a prestar este servicio alegando su convicción de que la formación en cada país debe ser llevada a cabo por hombres de su cultura. Lo aceptamos como principio que tiene en cuenta las exigencias de la inculturación, pero sin olvidar que la realidad impone enmiendas a tal criterio. Porque la formación entendida en el respeto a toda cultura debe ser ofrecida en estrecha colaboración de diversos elementos y sin exclusivismos. Y no se pueden olvidar situaciones de total insuficiencia y condenar a los autóctonos a una permanente carencia de cuadros formadores bien equipados.

Entendiendo la educación como un gran medio de promoción total

La sed de cultura en los pueblos de misiones, sobre todo entre sus millones de jóvenes, se ha hecho más ardiente con la independencia recientemente adquirida por muchos de ellos. La habitual actitud pasiva, más o menos resignada, de los tiempos en que todo parecía que debía ser organizado y resuelto por el poder colonizador ha cedido ante otra mucho más autónoma y creativa, que permiten y reclaman las nuevas situaciones. Asegurar su futuro, hacerse capaces de una real autonomía económica y social, fundar una familia con perspectivas de vida serena y próspera y contar para eso con un empleo digno y rediticio, son aspiraciones tan fuertes como angustiosas para millones de jóvenes. Muchos han emigrado del campo a las ciudades y continúan engrosando sus inmensos barrios-miseria. Ser capaces de arrancar a la tierra más pingües cosechas con un

trabajo menos brutal, es el sueño de tantos otros millones que quedan viviendo en los campos.

Las preocupaciones de tipo religioso corren el riesgo de quedar ahogadas por tan perentorios afanes. Por todo esto, es preocupación agobiante y bien justificada de los pastores el proveer de auténticos educadores a esas masas de jóvenes. ¿Dónde encontrarlos? Hablo de auténticos educadores cristianos, que se preocupen de aunar fe y cultura en los espíritus de los alumnos y de procurarles, con los medios de afrontar la vida y sus desafíos, el sentido real de esa misma vida y del trabajo a que se ven duramente forzados.

Muchos obispos siguen llamando a nuestras puertas para encontrar una solución, al menos parcial, a ese tremendo problema en que se ve comprometido el futuro de tantos jóvenes y de sus respectivos países. Quieren contar para ello con un Instituto que detenta el título y reconoce el deber de mantener la escuela cristiana, de hacer efectiva la presencia cristiana en la escuela... Es significativo, por ejemplo, que los obispos africanos, en las reuniones anuales de sus máximos representantes con los delegados de la Unión de Superiores Generales, nos pidan que mantengamos el tema de la juventud, estudiado en diversos aspectos, como programa de nuestros encuentros con ellos en estos cinco últimos años.

Me parece fácil encontrar la analogía tan grande que se da entre estas situaciones y las que « convirtieron » a San Juan Bautista de La Salle en Fundador de su Instituto. Nuestros Hermanos en tierras de misión siguen tratando, con pobreza de personal y de medios, de responder a este reto, buscando sistemas de educación en consonancia con las situa-

ciones y las necesidades reales. Quieren ser menos importadores de programas extranjeros que inventores de métodos y proyectos educativos adecuados a los países en que trabajan. Lejos están ellos de pensar que el apostolado de la escuela sea cosa que hay que relegar al pasado. Quienes lo han creído no conocen urgencias enormes muy de nuestros días. Aquéllos, en tanto, continúan esperando ayuda. Porque sus perspectivas de trabajo son grandes y no llegamos con mucho a lo que de nosotros se espera.

Promoviendo la catequesis en zonas muy necesitadas

« *Catequesis... Catequistas... Escuelas de catequistas... son a la vez medios y necesidades de primer orden en la evangelización de inmensas regiones, donde la acción de poquísimos sacerdotes resulta insuficiente* ». Así escribí en diciembre de 1981.

Y lo mismo he de repetir hoy. La insuficiencia de los sacerdotes en tierras de misión es inmensamente más agobiante que en las regiones de vieja cristiandad. Los catequistas están llamados a ser, no sólo instructores religiosos, sino líderes y animadores de las comunidades cristianas. Lo podrán ser en la medida en que estén preparados para ello. Las escuelas de catequistas y los programas de formación de catequistas piden muchos Hermanos que puedan dedicarse a un ministerio tan acorde con lo que somos, con lo que « *por vocación... es nuestra principal función* ». (Declaración 38: 1).

En algunos ángulos de nuestro mapa misionero, los Hermanos han adoptado esta acción como su actividad capital. Alguna escuela de catequistas ha sido confiada por los obispos a nuestra responsa-

bilidad y el personal nuestro en ella empeñado es verdaderamente mínimo. En la generalidad de nuestros puestos de misión, la acción catequística de los Hermanos va incorporada a otras organizaciones (educativas, de promoción humana...), sin contar con estructuras propias.

Catequesis, educación en la fe para millones de hombres sin medios para desarrollarla. ¿Quién podrá calcular en cifras la contribución que nosotros podríamos ofrecer?

Un trabajo que debe ser constantemente evaluado

Los problemas van cambiando. Los medios de resolverlos también. Las disponibilidades de personal obligan a emplearlo con programas bien estudiados. Nunca fue menos suficiente la mera buena voluntad para atender a cuanto requiere nuestro Servicio Misionero.

Al acercarse el Capítulo General se han escogido algunos de estos problemas para considerar lo que respecto a ellos se ha hecho, lo que se puede y se debe hacer. Así es como, con la coordinación de SECOLI, diversos grupos de Hermanos han analizado el significado y el alcance de **nuestra presencia y trabajo en el mundo musulmán y budista**.

Es ya sintomático que este trabajo haya sido llevado con más continuidad y eficiencia que en anteriores intentos. Son trece los países donde nuestro apostolado se ejerce en una cultura mayoritariamente, considerablemente musulmana. Es realmente interesante y alentador el recuento de lo obtenido en tales medios: nuevas posibilidades de diálogo para la Iglesia, paciente erosión de los muros de discriminación y de prejuicios que separaban musul-

manes y cristianos, promoción de minorías cristianas oprimidas y muy poco consideradas socialmente, transmisión silenciosa y discretísima de valores cristianos... ¡Y quede bien claro que en este rápido enunciado no hay nada de retórica sino que cada alusión se basa en hechos muy concretos y bien registrados!

Fácil será, con todo, para quien sigue un poco la historia contemporánea, apreciar las profundas diferencias entre la situación de antes y la de ahora en la mayor parte de esos estados mayoritariamente musulmanes. Y la diversidad de planteamientos y de posibilidad de diálogo entre unos y otros de esos mismos países. Urge, ciertamente, una buena evaluación de lo vivido y de lo que el presente ofrece en este campo particular de la misión.

Algo parecido cabe decir sobre la media docena de países de mayoría budista en los que nuestra acción ha sido y es generalmente apreciada.

Esperamos que el estudio precapitular y las deliberaciones durante la asamblea ayudarán mucho a prever las mejores maneras de continuar y hacer que progrese aquella obra ejemplar sostenida por tantos años.

Indudablemente, el aspecto específicamente misionero de nuestra vocación ofrece singulares posibilidades y desafíos hoy. Con una enorme desproporción respecto al personal disponible para atender a unas y a otros. Merece que reavivemos nuestra atención, nuestra « conciencia misionera ». Y que ella se traduzca en una participación más extensa y considerable en ayuda de los distritos y sectores de misión.

**SIN PROTAGONISMOS
EXCLUYENTES**

En mayo de 1981 y mayo de 1982, la fiesta del Santo Fundador dentro del Tricentenario me movió a escribir dos cartas especiales. La de 1981, dirigida a los jóvenes. La de 1982, « a cuantos (padres, profesores, exalumnos, gestores y responsables de nuestras escuelas, animadores espirituales, asociados y amigos) en La Salle sienten, realizan y comparten con nosotros la misión y el mensaje del Fundador ». Ambos querían significar una atención especial y bien merecida a muchas realidades en germen o en desarrollo. Eran voz de aliento para cuantos más directamente se ocupan en promoverlas. En las dos cartas comentaba brevemente para tan amplia audiencia los lazos espirituales que constituyen ese grupo humano, esa comunidad o constelación de comunidades cuyo punto de referencia y común inspiración es La Salle, y las razones que explican y justifican su existencia.

También la reunión intercapitular de mayo del 81 dedicó particular consideración a este fenómeno de los seglares que viven y trabajan con nosotros y se muestran más o menos integrados como miembros de una gran familia: LA FAMILIA LASALIANA (ver Circular 415, pp. 22 a 26).

Cada día aparece más evidente que, no sólo nuestra insuficiencia numérica frente al vasto empeño que nos desafía, sino también y sobre todo la mayor sensibilidad de los seglares para entender su misión en la Iglesia se unen al interés de enrolar activamente a los jóvenes en la acción social y evangelizadora para desaconsejarnos todo exclusivismo en el cumplimiento de nuestra misión.

Las iniciativas de diversos grupos que aspiran a compartir con nosotros espíritu y proyectos de vida y acción según La Salle siguen sucediéndose. Y tal tendencia positiva en modo alguno resulta un fenómeno aislado o privativo nuestro. Responde más bien a un movimiento generalizado en la Iglesia, patente en varios Institutos religiosos. Constituye para nosotros una esperanza y, como toda esperanza, una responsabilidad: la de hacer todo lo posible para que no se malogre, antes bien, rinda todo el fruto que de ella cabe esperar...

Algunos primeros brotes

En torno al Capítulo de 1976 nació **Signum Fidei**, como floración de un largo proceso de intentos e inquietudes. Cuenta hoy con unos 450 miembros esparcidos por varios continentes. Sus asociados adoptan un « estilo de vida » y unas estructuras leves y abiertas que les ayudan a reconocerse y a animarse mutuamente, sin impedir una amplia autonomía y libertad de iniciativa.

La **Familia Lasaliana** cubre con esta denominación varias organizaciones nacidas en respuesta a distintos problemas, pero profesando siempre una referencia sincera y coherente a La Salle. Así, por ejemplo, la asociación de directores y responsables de instituciones escolares en Francia que sustituyen a los Hermanos en la gestión y en la animación pedagógica e incluso espiritual de instituciones de vario grado y carácter.

Entre algunos movimientos de análogo tipo, citaré el **Movimiento Lasallano** en Argentina. Convo-ca para cursos de formación y programas de

acción evangelizadora a profesores, jóvenes y adultos, con resultados muy elogiables. Más recientemente han despuntado algunos otros grupos de inspiración lasaliana, de los que sería prematuro y hasta indiscreto hablar, pero que delatan la fuerza y la actualidad del mensaje de La Salle.

¿Excesiva dispersión de intentos e impulsos, sin demasiada claridad y fijeza en sus líneas? Creo más bien en un estilo particular del Espíritu que « sopla donde quiere » y no parece apresurarse por someterse a esquemas bien determinados. De hecho, estos brotes de vida piden discernimiento y coordinación, y en ello se piensa, máxime al acercarse el Capítulo General. Pero requieren también espacios de libertad y de experimentación, respeto a las diversidades culturales en que se manifiestan. No perder de vista los objetivos finales y avanzar un paso tras otro en dirección convergente: guiados, podemos decir, por la misma estrella.

En todo caso, estamos ante indicios seguros de pujanza espiritual. En lugar de pensar en repliegues tácticos y en abandonos consiguientes a la baja de efectivos en el Instituto, prevemos la posibilidad incluso de ampliar su radio de acción e influencia, sus áreas de servicio en el mundo de los pobres y de los jóvenes, en respuesta a necesidades a las que no podemos regatear nuestro esfuerzo y nuestra creatividad. Y esta integración de los seglares en nuestros programas de vida y apostolado, lejos de fomentar confusiones o evasiones, reclama de nosotros un talante espiritual, un « alma » de líderes capaces de animar a quienes intentan profundizar su conocimiento y adhesión a La Salle, comulgar más copiosamente con su espíritu.

Es obvio que los grupos lasalianos deben crecer

autónomamente y no soportar excesivos paternalismos. Pero no es menos cierto, y la experiencia viene a confirmarlo repetidas veces, que tales grupos crecen y prosperan mejor cuando encuentran Hermanos aptos para comunicarles espíritu y alimentar sus reservas doctrinales, de modo que no se diluyan en un vago idealismo ni sucumban a ideologías ambiguas. Los miembros más activos y auténticos de tales agrupaciones no piensan en sustituir o dejar de lado a los Hermanos: quieren más bien secundar y completar lo que los Hermanos profesan y realizan, llegando a veces adonde ellos no pueden llegar.

Una formación adecuada

Un talante de líder tiene mucho de innato, pero todo liderazgo requiere una formación. La capacidad de diálogo y las dotes de animador piden ser cultivadas y perfeccionadas para llegar a un grado conveniente de eficiencia.

Hemos de admitir que nuestra formación ha ido generalmente más orientada a prepararnos para realizar nosotros mismos, individualmente y en la propia comunidad, los objetivos de nuestra misión; más para ejecutar obras que para dinamizar grupos y movimientos. Sin que olvidemos a aquellos de nuestros predecesores que, a lo largo de nuestra historia, supieron ser impulsores de asociaciones de vario tipo que han resistido el desgaste del tiempo. Fueron más bien ejemplos aislados.

Ahora, pienso yo que la potencialidad y la vitalidad apostólica del Instituto en las décadas venideras radicará en esa capacidad de los Hermanos para promover la difusión del espíritu de La Salle

entre jóvenes, profesores y amigos que secunden nuestra acción o de ella reciban especial inspiración; que puedan también mejorarla, completarla, hacerla llegar a más.

Nadie tema, por una actitud bastante difundida de recelo por ciertas innovaciones, que promover la animación espiritual será abandonar o comprometer la capacidad realizadora en el campo pedagógico. Es exactamente lo contrario. Es buscar el modo de abrirla y enriquecerla, de darle su mejor significación, de garantizarle un futuro, de impedir que se empobrezca al reducir su radio de acción o el alcance en profundidad de su fuerza evangelizadora. ¿Podremos acaso creer que los seglares que encuentran tiempo y energías par trabajar en iniciativas sociales o apostólicas renuncian por el mero hecho a ser excelentes profesionales?

Coordinación y estructuras

Lo he sugerido anteriormente y lo diré para concluir este capítulo. Una dispersión tan patente de iniciativas puede producir impresión parecida al pulular de diversos carismas en la Iglesia de Dios; puede hacer pensar en un desorden o falta de orientación suficiente.

Creemos que hay que dejar que la vida se manifieste y crezca de modo conveniente, pero espontáneo, antes de establecer pautas o estructuras o asociaciones más amplias que la encaucen más claramente.

Hay mucho de bueno en tantos programas como conocemos. Y hay en todos ellos la voluntad inspiradora y unificante de avanzar en la fidelidad a La Salle.

El papel principal de los Hermanos animadores de estos grupos será siempre el discernir y enriquecer sus valores y las ideas de La Salle que los mueven y orientan. Ayudar a sus miembros a una más exacta y consciente fidelidad a la herencia espiritual lasaliana. Es así como estos movimientos diversos realizarán auténticamente lo que han comenzado a proclamar y vivir como meta de sus aspiraciones: NOSOTROS SOMOS LA SALLE HOY.

**EN UN DUELO PERPETUO
ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE**

Nuestra Regla se cierra con un capítulo dedicado a la VITALIDAD DEL INSTITUTO. Lo mismo hace el Proyecto de Regla, ahora pendiente de estudio y aprobación. Es como instintivo ese vigilar y garantizar la vida por todos los medios a nuestro alcance. Porque toda existencia, sea espiritual o física, individual o colectiva, es siempre un duelo entre la vida y la muerte, cantado en todas las literaturas, evocado también entre los cantos de triunfo del gran día de Pascua.

A 300 años del nacimiento del Instituto, en medio de las fiestas tricentarias en que tantas cosas buenas celebrábamos, mi Carta de Navidad de 1980 proponía a todos una reflexión sobre el declive de nuestros efectivos, acusado por las estadísticas. No, ciertamente, con intención de ser aguafiestas inoportuno, sino para invitar al realismo y a la atenta consideración de nuestro momento histórico en medio de conmemoraciones tan señaladas. Para instar a un examen de situaciones y de causas, deduciendo las oportunas lecciones.

Podemos, ciertamente, observar que tal fenómeno es explicable por circunstancias históricas y sociales que escapan a nuestro control. Que es preocupación generalizada y ampliamente compartida en la Iglesia. Todo esto no puede servirnos de sedativo apaciguador... Lo que nos interesa es ver en el problema, como en cuanto nos viene sin depender de nuestra libre elección, un « signo de los tiempos », una señal del Dios que nos habla, más aún con hechos y acontecimientos que con palabras, a lo lar-

go de la historia. Y que a veces parece decirnos que ciertas cosas no pueden seguir así.

Del Fundador a nuestros días

A 300 años de distancia tratamos de sintonizar espiritualmente con San Juan Bautista de La Salle. Lo admiramos como « experto en crisis », que supo ver en ellas las indicaciones de la Providencia y reaccionar abriendo nuevas etapas de progreso en su itinerario fundacional. ¡Cuánto ilumina y alienta el recordarlo allá por los años de 1690 o de 1712 cuando veía su Instituto en trance de desaparecer con el agobio de tantas defecciones y traiciones!...

Nos inspira su actitud, cuando su ánimo se sobreponía a lacerantes angustias y su amor a Dios y al prójimo le movía a decisiones heroicas, como el voto de 1691 o su retirada a Parmenia, para abandonar luego su tranquilo retiro accediendo humildemente a la voluntad de sus discípulos.

En su escuela aprendemos que en toda crisis se pueden encontrar lecciones y recursos para una nueva vida, con tal de no ceder a ningún cómodo fatalismo sociológico, basado en cálculos numéricos que de poco sirven por sí solos y piden siempre una interpretación cabal.

Las sencillas gráficas que incluí en mi carta apuntaban a diversos análisis para mejor encontrar las soluciones a nuestro alcance.

Constante cuidado en vigilar las causas

Recordábamos entonces que la celeridad y el número de cambios que habían caracterizado los

últimos años se adensaron de tal modo que no podían dejar de producir un « shock » psicológico y una confusión fatal en muchos no bien asentados en su vocación y misión. Invitaba yo, por ejemplo, a analizar los efectos negativos de un secularismo que ofuscaba la visión de incentivos y motivaciones de tipo religioso y fácilmente reducía un « santo ministerio » a la condición de empleo más o menos honroso o pesado. Introducía la consideración sobre los cambios radicales en la familia tal como se presentan en la mayor parte de los países más ricos, y que no permiten soñar con grandes afluencias de candidatos en nuestros noviciados.

Creí oportuno insistir particularmente en ciertas **presunciones** que secaban para tantos religiosos las fuentes de la gracia. Porque, a lo largo de la historia bíblica, desde la torre de Babel a la traición de Pedro, resulta tan aleccionador como insistente el ejemplo de las más humillantes caídas y de las peores cegueras permitidas por Dios para escarmiento y castigo de quienes confiaron demasiado en sus propios recursos.

Así me referí a la presunción

— de quienes fácilmente dejaban la oración y pretendían sustituirla con toda clase de actividades loables —o menos loables—, de espaldas a la constante experiencia de los santos, de La Salle entre ellos;

— a la de quienes flirteaban con el mundo en aperturas que nada tenían que ver con la participación en sus problemas y en sus situaciones necesitadas de orientación o alivio;

— a la de quienes pretendían encontrar fórmulas personalísimas de ver la misión o la vida con-

sagrada como norma definitiva de sus opciones sin cuidar del discernimiento comunitario ni de las orientaciones superiores que venían de pastores y maestros espirituales.

Aludí al **aburguesamiento**, favorecido por una holgura económica que dejaba muy atrás los tiempos de obligada austeridad en muchas de nuestras comunidades y adoptaba harto fácilmente los gustos y criterios de la sociedad consumística en que nos movemos, con menguada atención a las pobrezas existentes en torno a nosotros.

Todos los elementos de esta rápida enumeración engendran la **falta de sentido** de una vocación cuya imagen aparece, sobre todo ante los jóvenes, como demasiado encerrada en poderosas instituciones y menos atenta a aquellas indignicias del prójimo que movieron a La Salle a fundar su Instituto.

La formación, siempre punto clave

Gravemente presuntuosa sería la comunidad que pretendiera subsistir y proseguir su obra sin buscar por todos los medios la eliminación de actitudes falsas, sin cuidar asiduamente la **buena formación** de sus miembros, como medio de asegurar una visión correcta de los objetivos comunes y de los medios más adecuados para lograrlos.

La formación apropiada y seriamente organizada, por una parte justifica y motiva la propuesta que podemos hacer a posibles candidatos animándolos a unirse a nosotros. Por otra, es el modo de preparar a quienes se decidan a ingresar entre nosotros a entender y aceptar el genuino sentido de nuestra vocación en la Iglesia. Para quienes son ya miem-

bros de pleno derecho en el Instituto, una **formación permanente** bien llevada y generalizada viene a enmendar conceptos deformados o superados y a unificar criterios en la verdad de una misión con aspectos nunca bastante comprendidos.

La Circular 418 (marzo de 1983) ha servido mucho para orientar e impulsar una mejor estructuración del proceso formativo en el Instituto. Hay una mejoría palpable en exigencias, en duración y en medios empleados en casi todos los distritos. Falta en algunos la eficiencia necesaria para dotar de personal y de elementos suficientes al sistema formativo del distrito o de la delegación. Y sigue siendo posible mejorarla en más. Respondan siempre los hechos a lo que dicen nuestras declaraciones y a la convicción que todos compartimos sobre la decisiva importancia de una excelente formación para nuestro inmediato futuro.

Solicitud constante ante asechanzas que no cesan

Siempre conspira contra nosotros el peligro de ciertas **falsas actitudes** que entonces enumeramos:

- la de los que, fácilmente desconcertados por los cambios rápidos e importantes, pierden su capacidad de esperanza, con nostalgias inoperantes de un pasado sin retorno;
- la de aquéllos, más numerosos en los años cruciales ya superados, que entre las sacudidas de la crisis, cedían a una cobarde desbandada, en pugna con la fidelidad jurada sin condiciones;
- la de los que pedían milagros en los otros, en su visión y generosidad en momentos delicados,

sin cuidar con humildad y tesón en ayudar a superar tales trances;

- la de los falsos profetas que, frente a perplejidades copiosamente difundidas, montaban su cátedra propia y se revestían de una cierta infalibilidad personal, ofreciendo soluciones muy distintas de las que estudios responsables y comunitariamente llevados recomendaban;

- la de los optimistas inconscientes a quienes les falta —decíamos citando a Fromm— « ser obstinadamente realistas, alejar ilusiones y apreciar en su entidad real las dificultades... Ser, no soñadores, sino utópicos despiertos ».

Los fermentos negativos siguen siempre obrando, acechando al normal desarrollo de nuestra vida y ministerio. Subsiste la crisis... aunque admitamos comúnmente que su virulencia de años pasados ha remitido bastante.

Un aspecto muy preocupante: la crisis vocacional

Crisis igualmente compartida en Iglesia y con casi todo los Institutos religiosos. Vemos que el número de jóvenes interesados en la vocación religiosa, en nuestra propia vocación, crece levemente. Pero es debido más bien a una consoladora abundancia en determinados países o regiones, sin que podamos hablar de una mejoría generalizada.

Tratamos de afrontarla también con las mismas disposiciones de nuestro Padre. Queremos ver claro que las vocaciones siguen existiendo, que son más raras, más conscientes y maduras en general. Que hay que merecerlas y hay que ganarlas, porque ellas

no vienen ya tanto obedeciendo a factores ambientales.

Hay que ganarlas más con el testimonio que con los documentos o los alardes publicitarios. Con una pastoral de vocaciones llevada generosa e inteligentemente, con la participación o el apoyo de todos. Con una transparencia mejor de los valores evangélicos vividos en comunidad. Porque los jóvenes hoy cuentan con más elementos de información y de juicio que en tiempos pasados y se sienten convencidos más por lo que somos que por lo mucho que hacemos.

Todos, pero particularmente los jóvenes, tienen que ver más definida nuestra vocación, su verdadero carácter y su real adecuación a las necesidades del joven y del necesitado hoy.

¡Bendita crisis, si así nos ayuda a eliminar inercias y rutinas, a demostrar y reafirmar con superior evidencia nuestra profunda fidelidad a La Salle!

La expresión «llamar a capítulo» ha pasado al acervo de dichos populares con un deje de adustez, de «residenciar a alguno o llamarlo a cuentas». Ciertamente, no es en tal sentido como la empleábamos en la Circular 416 («Preparación del 41º Capítulo General») o en la carta de Mayo del 83, al dar las primeras indicaciones sobre el período pre-capítular, o en la Circular 420 para convocar oficialmente el Capítulo.

Hablábamos más bien, con PABLO VI, de «*una asamblea en que se reúne toda la "familia" en la presencia de Dios para escuchar su voz y atender a la propia renovación, la cual consiste esencialmente en el aumento de fidelidad a su vocación*». «*Una ocasión excepcional que se presenta a cada instituto para reflexionar sobre su propia naturaleza, su finalidad y la función que está llamado a ejercer en la Iglesia, y para tomar decisiones que tengan fuerza saludable para la vida misma de sus miembros*» (Oss. Romano, 6.10.1973).

«*Un acontecimiento eclesial*. —según el Cardenal Pironio— *Un momento de particular presencia del Señor y de efusión del Espíritu no sólo sobre la comunidad sino sobre la Iglesia*». Un don de Dios, pues, que se torna para todos nosotros en tarea humana ineludible.

Nos sentimos, sí, llamados a capítulo, en el gozo y en la esperanza de ver en él una gracia excepcional de Dios. Porque estimamos que se están poniendo en marcha cuantos medios pueden impulsar y coordinar el esfuerzo de todos, condición indispen-

sable para que Dios despliegue su poder salvador sobre nosotros.

La Comisión de Reglas ha terminado su trabajo ejemplar de redacción del Proyecto que se somete ahora a examen y aprobación. La Comisión Preparatoria va llenando con perfecta sincronía las etapas fijadas en su calendario para disponer cuanto se precisa. Los grupos de trabajo que anunciábamos (Ministerio del Hermano, Relaciones con el Islam y con el Budismo, Distritos con elevado promedio de edad, Asociaciones y Movimientos Lasalianos) avanzan decididamente en la preparación de sus informes. Los Delegados conocen ya su designación y van recibiendo los instrumentos de trabajo, al mismo tiempo que tratan de hacerse conciencia viva de sus Hermanos y portavoces de sus aspiraciones y de sus inquietudes.

No sólo ellos se sienten llamados... Hemos insistido mucho en cartas y circulares en que el Capítulo ha de ser realmente «general», abierto a todos y alimentado por la reflexión y la contribución de todos, cada uno según su posición relativa. Los delegados serán protagonistas y primeros responsables, pero nada significaría su acción si no se sienten respaldados e inspirados por los Hermanos de su distrito o delegación.

Ni tendría sentido ni eficacia real cualquier despliegue de organización y de actividades para analizar situaciones, establecer diagramas y planes, si el Espíritu no anima y da vida a lo que no debe quedar, según la visión del profeta, en «danza de huesos áridos» (Ezequiel, 38). En pocas ocasiones podremos cantar con tanta propiedad lo del salmo 127: «*Si el Señor no edifica... en vano se afanan los construc-*

tores; si Yahveh no guarda la ciudad, en vano vigila la guardia ».

Muchas realidades, halagüeñas tenemos que sopesar y analizar; mucho de bueno que intercambiar para mutuo estímulo y recíproca lección, superando todo prejuicio. No poco habrá que enmendar y corregir para que la vida del Instituto, sus comunidades y sus obras prosperen y se desarrollen según los designios de Dios.

Es así como el Capítulo se nos presenta como **signo de esperanza**, de nueva y más fecunda vitalidad. Nos hemos dado cita en la oración, en **un año de oración**, de cuya celebración nos van llegando muy buenos ecos. Para recibir al Espíritu como los apóstoles.

« *Perseverantes en la oración, unánimes, en compañía de María la madre de Jesús, y de sus hermanos* ». (Hechos, 1: 4).

1986... A trescientos años exactos de cuando, según BLAIN, « *el Señor de La Salle ...pensó que convenía formar una modesta congregación con sus maestros de escuela. Convocó a sus principales discípulos en número de doce y los reunió en asamblea para estudiar juntos los medios de dar forma a su institución, asegurar en ella a sus miembros y darles estabilidad... Los reunió en retiro, cosa que aceptaron con gusto. Comenzó la vigilia de la Ascensión del año 1684 (1) para acabar en la fiesta de Pentecostés...* ». (Blain, « La Vie de Mr J.B. de La Salle, livre second, chap. II).

(1) Ya en la Circular 419, página 14, nota 1, indicaba que hemos de corregir la fecha dada por Blain.

Capítulo del Tricentenario lo podemos, pues, llamar. Sobre todo, Capítulo que quiere encontrar las huellas espirituales, más que las meramente históricas, del Santo Fundador, para pisar fuerte y seguro sobre las rutas de nuestro tiempo. Y confirmar el Instituto en la fidelidad a sus orígenes, al carisma fundacional, viviente y actuante en nosotros.

Por varios modos, no sólo por Cartas y Circulares, se nos llama a Capítulo: respondamos unánimes en la entera disposición de aprovechar esta pascua o paso del Señor.

Se trataba, Hermano de dar un sencillo repaso. Y un repaso supone no pocas repeticiones y el dejar de lado cuanto pueda distraer de tales ideas.

Las repeticiones pueden parecer cansadas. Aunque lo que buscan es que la atención se centre sobre lo que se quiere inculcar con más amor.

Y la renuncia a otros puntos de interés en modo alguno significa menos estima de otros modos de ver y de otras preferencias. Abiertos a muchos nuevos planteamientos y a muy diversas visiones según los varios horizontes culturales, queremos favorecer nuestra unidad espiritual con la referencia concreta y firme a unos contenidos fundamentales, que del Fundador mismo nos vienen y, por él, de mismo Cristo. Con una adhesión sinceramente vivida y participada, nos enfrentamos con aquella rica variedad de opiniones y de circunstancias entre las que vivimos y actuamos.

Al concluir mi carta, prefiero hacer de mis sugerencias una oración y pido a San Juan Bautista de La Salle que nos inspire y nos mueva a seguirle mejor.

Ayúdanos, Padre, a vivir más plena y sincera nuestra consagración a Dios « para procurar su gloria cuanto nos fuere posible y El lo exija de nosotros »;

a entender y ejercer de modo más convincente nuestro ministerio evangelizador;

a privilegiar realmente en nuestro servicio a los que sufren de pobreza y de injusticia, los preferidos de Cristo;

a no ignorar, por culpable miopía, a los que sufren sus pobrezaas lejos de nosotros;

a abrirnos en comunión de espíritu y misión a otros que quieren también seguirte viviendo en el mundo, colaborando en tu obra;

a desafiar humilde y valientemente las crisis, como tú supiste superarlas con el favor de Dios.

Asístenos de modo muy particular en el Capítulo a que nos estamos preparando para que en él confirmemos, todos unidos, nuestra fidelidad a ti.

En La Salle quedamos, Hermano, fraternalmente unidos,

H. José Pablo